



SI CRUZO EL UMBRAL

Por José Oscar Lebrón Hernández

Es 24 de diciembre, y recorro la vía peatonal. Tanta gente, a pocos momentos de celebrar la tradición. Y yo recorro esta calle, entre luces que se encienden, y un mar de personas. Como siempre, a última hora se olvida algo. Las tiendas obligan a sus empleados a trabajar hasta tarde... todo se vale esta noche.

Camino hacia el parque, de parque a parque, en esta vía que a tantos nos ha visto pasar a través de siglos. Algunos contraen el rostro: imagino que el tiempo les apremia... van tarde y aún tienen cosas que comprar. Algunos enamorados sonríen y hablan, tal vez de sus planes para la noche.

Miro el reloj, apenas son las 6:05. La noche me espera brillante, o así lo asumo, como los rostros enamorados que observo. Las olas que me circundan tienen regalos que algún feliz niño, o algún esposo o madre, recibirá. Hay quienes cargan grandes juguetes, hasta difíciles de llevar en este mar airado, como el señor con el triciclo sobre los hombros.

Siempre me ha atraído el monumento de piedra que está frente a mí, apenas a una cuadra, y aquí, en esta esquina, la música de la tienda es fondo navideño a la historia que todos vivimos. La risa, la alegría, los bultos de regalos, las fundas de supermercado, es parte de la utilería de esta vivencia. Y para mí, la espera de una "noche buena" inolvidable.

Observo por un instante esa Puerta, donde empezó la historia de nuestra República, y, aunque mejor sería doblar esa esquina a la izquierda, tengo deseos de cruzarla, y sentirla majestuosa, mientras traspaso su umbral. Camino entre las piedras, miro atrás, y entre la oscuridad, las luces y las personas, la música lejana y las figuras que se mueven a mi lado; recuerdo la esencia navideña que mi memoria trae de la niñez: ese ambiente mágico, ese espíritu de alegría, con el árbol lleno de luces y bolas, la casita con las figuras del niño Jesús, José y María, los pastores, el asno y la vaca, y encima, un ángel anunciando la buena nueva. La familia reunida, alegre, no importa lo que haya pasado en el resto del año, y la expectativa en los regalos que

llegarían mientras dormíamos, para luego esperar el día de reyes y más regalos.

Busco la calle con nombre de héroe, donde por décadas, aquella lechonera ha horneado los cerdos que la tradición nos hace disfrutar cada año. Recojo mi pedido. El olor me envuelve, y no puedo resistir la tentación de quitarle un "cuerito". Paso a la siguiente calle, y compro una telera, pan que, no sé por qué sólo se ve para estas fechas.

Ahora recorro en sentido opuesto el camino, pero por la calle de abajo, una muy estrecha vía, con edificaciones viejas y sucias. Camino apenas unas cuerdas, y abro la puerta. Subo la escalera, pasando por la entrada cerrada de algunos apartamentos, detrás de las cuales escucho algún murmullo, o risa, y fuerte olor a asado. Llego hasta la azotea y allí, aislada, una pequeña habitación me augura una feliz celebración.

Arreglo la mesa, y sobre el mantel, acomodo la carne y el pan. Una pequeña vela con motivos navideños, y una fuente con frutas de ocasión, y, también, pasteles en hoja, pastelitos, nueces, almendras, avellanas. Dos platos y algunos vasos, copas y la cubertería. El vino..., cuando llegue el momento.

Me doy un baño, y me visto. Pongo música. Iba a poner unos villancicos, pero decidí preparar el ambiente con la música de ella. Así imagino su presencia hasta que llegue. Vibran los altavoces, con la dulce melodía del cantautor español. Sus letras, a veces nostálgicas, hablan siempre de amor, de ella, de mí, de nosotros. Nuestra felicidad no puede ser melancólica, así que la escucho para esperar-la con pasión. En cualquier momento abrirá la puerta, y la noche perderá su sentido, será sólo nuestra, el tiempo se detendrá.

7:15. El tiempo pasa, las canciones llenan la pequeña habitación, y me pongo a escribir, mientras espero.

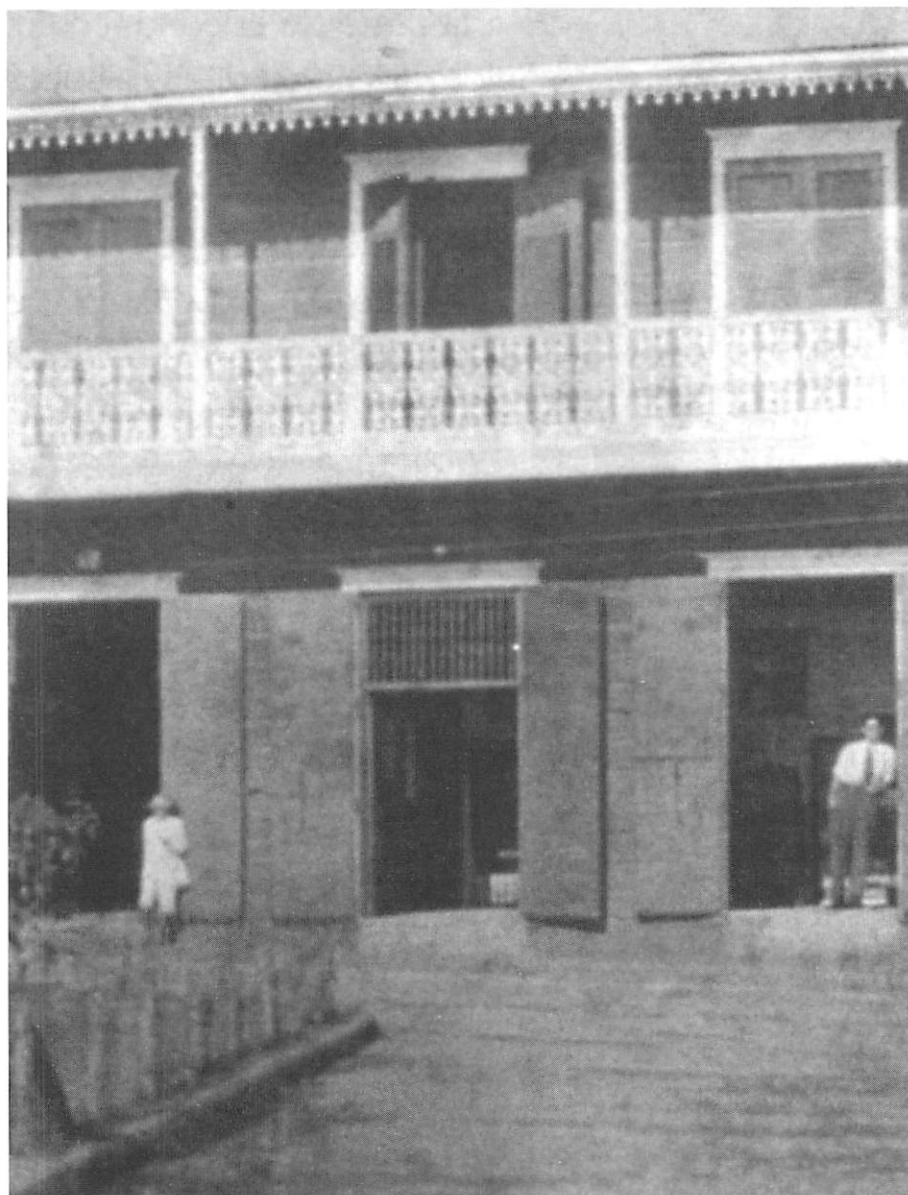
Se supone que celebraremos el nacimiento de Jesús, dentro de la tradición cristiana... ¿Qué celebran budistas y judíos? Tal vez sólo un día de fiestas. Jesús nació pobre; al menos así decían en la escuela católica en la que me educó. Murió a los 33 años, en una cruz y luego resucitó. Es Dios. Luego todo es posible. Me pregunto ¿qué habrá del otro lado?

Aquellos que han "muerto" y han "resucitado", dicen haber pasado un túnel, con una luz al final. A veces ven a Jesús, o algún familiar. Aún hay quienes dicen haber visto a su animal favorito, ya muerto. Pero todos coinciden en la luz, al final, como una puerta: si pasan ese umbral, no regresan, y si vivieron para contarlo, fue porque algo los detuvo, y los hizo regresar.

Dicen los científicos, que toda esa vivencia no es más que el producto de la ausencia de oxigenación cerebral. Pero algo sí es cierto: si pasan el umbral, no regresan. ¿Qué habrá después de la luz? ¿Qué es el más allá? Los místicos dicen que es un área de paso, un estar con Dios, aprendiendo que aún nos falta evolucionar y que luego debemos volver en otro nuevo ser para progresar... bien, es algo así.

¿Habré regresado yo del más allá? Si es así, no lo recuerdo.

También dicen que venimos a compartir con seres a quienes debemos algo de vidas anteriores. Si es cierto, creo que ella y yo esta-



mos aquí para completar un idilio hermoso que por alguna razón no concluyó.

Se escucha música navideña a lo lejos. Hace tiempo que no escuchaba esos merengues navideños. Pero, lo que envuelve este ambiente, es la música algo nostálgica del español del disco, y el olor que de todas partes sale de cerdos, pavos, pollos, en fin, comida de noche buena.

Son las 8:30 y no llega. No vendrá. Sentiré su ausencia, y la risa de otros no me alegra. La imagino con su esposo e hijos, hermanos, tal vez sus padres y suegros. La veo sonriendo a todos, menos a mí. Me da rabia verla allá, en su sala, que no conozco, con los suyos, a quienes no puedo definir. La veo con el hermoso vestido verde (¿o será el naranja?), moviéndose a todas partes, con aquella coquetería que la envuelve, sirviendo aquí y allá, acaso mirando la carne en el horno: "casi está"...

Alguien hace un chiste y ella ríe, con esa hermosa risa que contagia. Su sola presencia lo ilumina todo. Imagino cómo su esposo la

mira. ¿Lo hará como yo? Lo hago con amor y pasión infinitas, hechizado por el embrujo de su presencia. ¿Pensará en mí en algún momento? La música navideña se filtra desde el ambiente a la habitación, y me agobia. Me siento triste. Hace rato que ya no canta el español. Los merengues a lo lejos, parecen tristes melodías con ritmo. No se escuchan alegres. Me siento ridículo en este lugar vacío. ¡Me marchó! Busco el auto, y me dirijo a mi casa. Sigo por calles de mucho movimiento, iluminadas, pero tristes. Algunas personas todavía llevan regalos, cerdos, fundas de supermercados. Ellas van a celebrar felices con los suyos. Alguna sorpresa les depara la noche. Celebran el nacimiento del Niño Jesús con cerdo, pavo, pasteles en hoja, pastelitos, manzanas, uvas, peras (¿De dónde salen esas frutas en nuestra navidad?), y sobre todo, mucho alcohol, mucho ron. ¿Había ron en Belén? Más tarde no habrá quién esté en la calle. El alcohol pondrá a todos locos, correrán en sus automóviles, no sabrán si el golpe fue un hoyo en la calle, o un transeúnte muerto. Mañana, y gracias al nacimiento del Niño Dios, y a la famosa Noche Buena, la chatarra llenará la ciudad, cubierta de manchas de sangre, y detrás de todo esto... y detrás... su hermosa sonrisa...

La imagino en la sala. Está hermosamente vestida, tal vez con aquel conjunto beige; sonrío a alguien. Suena la música, y su esposo la lleva a bailar. Su rostro junto a ella. Él puede sentir su olor, acariciar sus cabellos, y hasta siente su aliento. ¡Oh Dios, qué duro es este momento! Si tan sólo no la viera bailar con él. ¿Qué hará ella después de bailar, de beber, cuando su esposo se deje envolver de su ser? La calle luce oscura, como un gran túnel que me lleva a no sé dónde. Conduzco como hipnotizado, sin saber a dónde voy. No... sé a dónde voy, voy a mi casa. Al final del túnel, como si allá estuviera la luz, aquella luz de los que no tienen oxígeno en el cerebro.

Detengo el carro, subo los escalones. Por la ventana sale luz, música, risas, murmullos, olor a cena de noche buena. Me detengo frente a la puerta. Detrás, mi esposa, mis hijos, mis padres y acaso mis suegros. Si paso el umbral, no habrá regreso... a menos que reencarne...

Y en ese momento, tomé una decisión: dejé de escribir.

Noviembre 2000